

ÁNFORA

Una enferma muy especial y la relación médico paciente

AURELIO CARVALLO V. ⁽¹⁾ Y EDUARDO BASTÍAS G. ⁽²⁾

⁽¹⁾ Unidad de Reumatología. Hospital San Juan de Dios.

Departamento de Bioética y Humanidades Médicas. Facultad de Medicina. Universidad de Chile

⁽²⁾ Facultad de Medicina de la Universidad Andrés Bello. Viña del Mar.

Académico Correspondiente, Academia Chilena de Medicina.



Finalizaba la década de los años 50 y el otoño se dejaba caer, quizás en abril o quizás en mayo, sobre la Quinta Normal, la que rebosante de árboles teñidos con el mágico colorido de sus hojas, se transformaba en una verdadera sinfonía de amarillos, naranjas y rojizos. Frente a ella, separada por la avenida Matucana (“donde la luz se angosta” en aymara), se erguía un moderno edificio que resaltaba entre las antiguas estructuras, algunas de ellas de estilo neo clásico, destinadas a cobijar el arte y la cultura y otras que se extendían con humildad, hasta llegar a colindar con la plaza y el barrio Yungay. La imponente construcción era el nuevo rostro del hospital San Juan de Dios, el más antiguo de Chile, en una etapa que dejaba atrás el vetusto lugar que por años ocupó en la histórica Alameda. Sus salas, sus camas, sus consultorios y su personal estaban dispuestos para continuar desarrollando la importante labor social, que le correspondía como hospital público. Es así como en el curso de una de esas mañanas otoñales, ingresa a una de sus salas un grupo de médicos, encabezados por el profesor Rodolfo Armas Cruz, Jefe del Servicio de Medicina, en lo que era la visita habitual a los pacientes hospitalizados. Se acercan a la cama que ocupa una paciente recientemente ingresada. Como es la costumbre, se disponen alrededor de su cama, en espera de saber cuál es su situación clínica, la que será dada a conocer por el médico que está a su cargo. Ella, tendida en su cama, los observa en silencio y con atención, lo que es correspondido por ellos, interesados en saber del mal que la afecta. Ella, con ojos vivos, mirada perspicaz y mente imaginativa va haciendo una lectura de sus rostros. Ellos, cubiertos con sus delantales blancos, esperan hacer un aporte a su dolencia. Para la paciente, junto con contemplarlos, hay un grado de incertidumbre, pero a su vez se siente acogida por la calidez que percibe en quienes se han instalado junto a su cama. Su mente y su imaginación trabajan.

- Buenos días señorita ¿cuál es su nombre? - pregunta el profesor.

- Violeta... - contesta ella, atenta, observante.

- ¿Violeta cuánto...? - pregunta nuevamente el profesor.

- Violeta Parra – responde, mientras pasea su vista y su mente por el grupo médico que la circunda. Si parecen palomos...piensa en su interior, todos de blanco.

- Muy bien, Dr. Ubilla ¿puede presentarnos y relatar-nos la historia de la paciente Violeta Parra...?

A medida que se expone su historia, ella continua la lectura de sus rostros, sus expresiones, sus movimientos, comenzando a su vez a crear... y a hacer lo que ha sabido hacer de siempre, pensar.

Se juntan como palomos,
doctores por me alivia,
alrededor de mi cama,
parecen un palomar.

Es un instante en la historia. Es un momento que Violeta Parra, en esa época simplemente Violeta, vivió como paciente. Un momento en la historia de esa gran artista chilena, compositora, poeta, recopiladora del folclore de nuestro país. Es un momento en que Violeta, modesta, poco conocida aún, encontró sabiduría y comprensión para superar su enfermedad y continuar su vida, más allá de las circunstancias dramáticas que muchas veces la cruzaron. Ese momento de acogida y de encuentro con la paciente afectada constituye en sí una relación entre médico y paciente.

Violeta no se detiene en su creatividad:

Un negrito muy baqueano,
el primero en urguetear,
parece mosquito en leche
adentro del delantal.
Después uno pequeñito
como mi dedo pulgar,
explica que tengo el hígado
como jalea real.
Otro muy ceremonioso
y dulce como un panal,
dijo palabras difíciles
en sanscrito o alemán.
Después habló sentencioso
uno que me hizo llorar,
por aplicarme estatutos
si vienenme a visitar.
Uno me palpa la panza,
otro la espina dorsal
aquel me escarba en el pecho,
otro mirando está.
¿Disminuye la ictericia?
demanda el más principal,
In crescendo le responden,
yo entiendo sin comentar.

Ingenio en el lenguaje, con contenidos propios de nuestra tierra, de nuestro campo, de nuestras costumbres, nacidos de quien estando enferma del cuerpo, no lo estaba de la mente y expresaba en forma imaginativa la relación que experimentaba frente a quienes la examinaban, fabricando recuerdos difíciles de olvidar.

Hagamos un alto y, avancemos hacia nuestros días, a nuestra realidad. Observamos nuestra medicina y nos surge la pregunta ¿cómo es esa relación entre médico y paciente en la actualidad? Es una pregunta que se cruza en el ámbito de una medicina diferente e inmersa en la tecnología, que sin dudarle ha sido fundamental en su avance, pero que no significa que sea sólo eficacia técnica. Un elemento fundamental e irremplazable en la medicina, en el médico y en el equipo médico, es que en

su hacer debe haber un gran contenido de humanismo, esa esencia de lo humano. Se trata con personas y por consiguiente debe existir la capacidad de la comprensión, la compasión y la humanidad ⁽¹⁾. Es un encuentro entre iguales como personas, en la que una demanda ayuda y la otra tiene el deber de dársela. Es el verdadero acto médico, que debe tener como contenido el acercamiento y la empatía.

La sensación es que esta relación ha perdido fuerza, se ha debilitado y tiende a desfallecer, transformándose en algo cada vez más impersonal, en que la frialdad ha superado a la calidez. Se percibe una relación regida por el computador, las imágenes, las cifras de laboratorio y las estadísticas. Se ha ido perdiendo el arte interpretativo y la mirada a los ojos, porque ésta se encuentra desviada hacia la pantalla. Se ha ido olvidando que la medicina es un compromiso social y ético hacia otra persona, que es una igual, pero necesitada. Se ha olvidado que este encuentro constituye el núcleo vocacional de la medicina, siendo la razón fundamental por la que se es médico o profesional de la salud, constituyéndose en un proyecto común lleno de generosidad y solidaridad.

Afortunadamente no siempre es así. Hay un amplio número de médicos y profesionales de la salud que no han olvidado la entrega social, a través de su trabajo en los hospitales públicos - no exclusivamente- en la medicina primaria y en la medicina rural. Podemos tener optimismo si confiamos en que se reencontrará la ruta, en que ciencia, técnica y humanismo vayan en conjunto, pues se necesitan y deben retroalimentarse. Umberto Eco, el gran filósofo y escritor italiano, ha señalado que “el descubrimiento y reconocimiento del otro, plantea la cuestión del respeto. ¿Por qué respetar al otro? Sencillamente porque es igual a mí y ciertamente no deseo hacer al otro lo que no quiero que a mí me hagan” ⁽²⁾.

Un hecho importante es cómo se ha transformado progresivamente esta relación, de paternalista, que muy probablemente vivió Violeta, en que era el médico quien decidía y el enfermo acataba, a una más transversal y deliberativa, en que ambos, médico y paciente, deciden en conjunto la decisión a tomar. Es indudablemente positivo y significa una democratización de la medicina. Uno entrega información y el otro consiente o bien no lo hace. Se entrecruzan y equilibran deberes y derechos, encontrándose en un respeto mutuo. Es un cambio que se traslada de la pasividad a la actividad, a la participación y entrega mutua.

Más allá de estas reflexiones, y recordando a Violeta, surge otra pregunta ¿cómo ven los pacientes al médico? ¿Cómo sienten esta relación? ¿Se produce realmente un vínculo, una entrega mutua?

El año 2010, el Dr. Luis Araya, neurólogo y destacado docente de ética de la Universidad de Chile, desarrolló en conjunto con ayudantes alumnos del curso de bioética, un trabajo descriptivo en que se realizó una encuesta semiestructurada, con consentimiento informado, a 98 pacientes, tanto de nivel primario como del consultorio externo de Medicina del Hospital San Juan de Dios. El objetivo fue describir el perfil del médico deseado, comparándolo con características del médico observado por los mismos pacientes. La conclusión fue que los consultados prefieren factores afectivos, interpersonales y actitud de servicio antes que una mayor calidad técnica. Destacan a su vez el valor dado a la entrega clara y honesta de información.

Es solo una muestra de una población, pero tiene la importancia de expresar en forma objetiva la percepción que tienen esos pacientes en relación a quienes son sus tratantes. No es un rechazo a la técnica, cuya importancia ya señalamos y no se discute, pero sí es un rechazo a la deshumanización.

Retrocedamos nuevamente en el tiempo y volvamos a Violeta Parra, hospitalizada por una ictericia en el Hospital San Juan de Dios, viviendo, pensando y creando...

Y le llevaron las pruebas
de sangre esta madrugada,
las niñas son bien competentes
me tienen bien picoteá.
El médico de la sala
me quiere hacer confesar,
si soy como cañería
p'al tinto y p'al aguarrás.
Es tanto lo que me aflige
que lo quisiera invitar,
a probar un chancho en piedra,
a ver si no toma ná.

Es un instante en su vida que no le impidió seguir desarrollando su creatividad y sensibilidad, que la llevaron

a ser una de las figuras más importantes del arte nacional y más aún, traspasar nuestras fronteras. Es la vida y sus contrastes. Como se ha señalado "el poeta tiene mucho que decirnos acerca de un pensamiento humano sobre lo humano" ⁽³⁾.

Violeta piensa y sus sentidos la llevan a percibir aún más, y su mente deja correr sus pensamientos...

Salieron por el pasillo,
les oigo su runrunear,
hablan de régimen blando
y reposo sin pestañar.
Con suero al veinte por ciento
le vamos a despintar,
ese color amarillo
que le resambla oriental.
Juntadle toda la orina
y juntadle lo demás,
que la canaria Violeta
se tiene que mejorar

Sensibilidad y mente artística privilegiada. Versos llenos de chilenidad, en que junto a la picardía, son testimonio de agradecimiento hacia esa relación que ha tenido con quienes la atienden. Violeta, "gracias a la vida" por haber tenido esa inspiración. Esos versos, entregados a tu médico tratante, nos han permitido disfrutar y valorizar esa riqueza nacida de tu imaginación, en que hay una mezcla de sagacidad y calidez. Nos hacen reír y nos hacen testimoniar admiración. Es un pasado que se encuentra con un presente. Es el arte que debe perdurar.

Partieron por el pasillo
con su blanco delantal,
yo me he quedado pensando
en tan lindo palomar.

Son sentimientos que expresan, en el silencio de su mente, la generosidad recibida en un otoño distante en una cama del San Juan, tan lejanos como es la década de los cincuenta, pero a su vez tan cercanos como para hacer de ellos un presente.

Hemos querido hacer una conjunción entre una vi-

vencia poética de una reina en el arte de nuestro país, hospitalizada en una modesta cama de un hospital público, y su visión expresada en poesía hacia los médicos que en esa ocasión, la atendieron con entrega y calidez.

Como señala Víctor Herrero en su biografía de la artista “los personajes no surgen de la nada”.

El Dr. Ventura Ubilla, internista y destacado reumatólogo, era su médico tratante y fue el depositario de un testimonio hermoso y casi desconocido, que en versos le entregó Violeta sobre su vivencia en el hospital. Agradecemos su generosidad por permitir, que a través de esta revista, muchos más puedan conocer ese poema, escrito con cariño por una artista privilegiada.

REFERENCIAS

1. Sánchez M. A. Historia, teoría y método de la medicina: introducción al pensamiento médico. 1ª Edición. Masson S. A. Barcelona, España. 1998
2. Eco U, Martini C.M. ¿En que creen los que no creen? Temas de hoy. PLANETA. 1997
3. Bárcena F. El desencanto del humanismo moderno (Reflexiones sobre la identidad contemporánea). El desencanto del Humanismo Moderno. (Reflexiones sobre la identidad contemporánea) Aldea Mundo. 2001; 5: 5-17

Asomándose a las vivencias de un médico y su paciente

En su estadía en el hospital San Juan de Dios, Violeta Parra guardaba bajo su cama su guitarrón y esas arpilleras que empezaba a tejer, y que años después fueron expuestas en el museo El Louvre en París.

Luego de conocerla como persona y paciente, en lo personal me aficioné a lo folclórico y asistí frecuentemente a esas recordadas peñas, especialmente la de la calle Carmen, donde se iniciaban jóvenes que serían tan importantes como Víctor Jara, Rolando Alarcón, Patricio Manns, Isabel y Ángel Parra y otros, todos guiados por Violeta, que compuso obras tan perdurables como Volver a los 17 y sobretodo Gracias a la Vida, canciones que constituían verdaderos poemas, llenos de vida, que contrastaron violentamente con el disparo con que se quitó la vida, cuando tenía solo 49 años. Fue un impacto doloroso para todos, en especial para los que personalmente la conocimos y admiramos.

Dr. Ventura Ubilla
Médico tratante